



SUCESOS DE ORIENTE. — Convoy ruso atravesando un lago (croquis de nuestro Corresponsal).

BELLAS ARTES.



LA INVASION.

sada, y acto continuo se sirvió á los convidados un espléndido y suntuoso almuerzo.

Larga sería la lista si hubiéramos de citar á todos los que concurrieron á tan brillante ceremonia; en la imposibilidad de hacerlo, bástenos decir que la aristocracia estuvo representada dignamente por su elegancia y belleza.

El príncipe Pío de Saboya, marqués de Castel-Rodrigo, y el conde Alberto, tios de la desposada, han venido expresamente de Italia para asistir á la boda, como asimismo su linda hija y su jóven hermano.

* *

Los teatros parece como que se animan, y buena prueba de ello nos están dando el Español y la Comedia.

El martes último se estrenó en este coliseo la que con el título de *Evidencia* se debe á la discreta pluma del Sr. Echevarría, y aunque dados los méritos de su autor, desmerece bastante, no por eso dejaré de consignar que fué digna en todos conceptos del aplauso con que le recibió el público en masa.

Pero el verdadero acontecimiento de la semana ha sido la primer producción de un jóven sevillano.

El esclavo de su culpa es una obra saturada de bellezas, efectos y situaciones dramáticas en el más alto grado, y en balde intentaré la crítica entrometerse en mezquinas averiguaciones, cuando á los diez y ocho años se lanza al público una producción tan bien sentida y pensada.

A este propósito, relataré al lector un pequeño diálogo, extractado de una conversacion que mantenían en los pasillos dos célebres y conocidos literatos:

—Es, decía el uno, una estrella que brilla con demasiada intensidad.

—Y de muy mal agüero, añadió el otro.

—¿Por qué?

—Por la *cola* que trae.

R. IBAÑEZ ABELLAN.

LA MUJER PERDIDA

POR

TORCUATO TÁRRAGO

(Continuacion.)

Y luego, añádase á esto unos hombros redondos, unos brazos más redondos todavía, un seno discretamente levantado y una cintura de avispa, y se comprenderá al instante el por qué fray Benito tenía razon pero quedarse serio, es decir, serio como una estatua.

La muchacha reparó, ó no reparó, que es lo más probable, en la seriedad del ex-sargento. Ella estaba contenta y risueña, y esto le bastaba para no preocuparse con las cosas ajenas. Contemplaba su sayita corta, listada de negro y rojo, su corpiño negro prendido con cintas de seda morada, su pañolito de colores, sus zapatillas de tabinete azulado, y más que todo la blanca toquilla que cubría su cabeza llena de pequeñas flores, y de esta coquetona revista sacaba la natural consecuencia de que estaba bonita, muy bonita, terriblemente bonita.

De este modo pasó por junto de la noria y tomando una veredilla tapizada de musgo se acercó al estático sándico que la contemplaba con el mismo terror que David Teniers ha sabido pintar en la célebre tentación de San Antonio.

—Fray Benito, dijo la muchacha con cierta graciosa coquetería; hágame V. el favor de arrancar esa lechuga que hay en la era.

Aquella voz dulce y cariñosa erizó materialmente los cabellos del militar; porque preciso es decirlo, cuando se le erizaban los cabellos razon tendría para experimentar una sensación semejante.

Después de haber hecho un esfuerzo sobre sí mismo y adoptando un tono áspero y regañon, exclamó por último desentendiéndose de la petición de la jóven:

—Muchacha, ya te he dicho diversas veces que no quiero que vengas á la huerta.

Y bajó los ojos como si temiera contaminarse con tanta vida, con tanta hermosura.

La chica se echó á reír y se puso á cantar:

El árbol de la esperanza
Sólo da frutos amargos;
Sus hojas son ilusiones,
Sus flores son desengaños.

El antiguo sargento pareció irritarse y volvió á repetir:

—Muchacha, ya debes comprenderme. Te suplico que te marches. Muchas veces olvida uno que está dentro del convento: con que nada más te digo; voy á cerrar la puerta.

—Ya me marcharé; pero antes deme V. esa lechuga. ¿No las vende V.? Pues aquí está mi dinero que es tan bueno como el de otro cualquiera.

Fray Benito permaneció perplejo por algunos instantes; parecía que una lucha interior agitaba profundamente su corazón y que una mano de hierro le clavaba sus aceradas puntas destruyéndole las entrañas.

Después, como si tratase de romper con la austeridad de sus costumbres y acordándose tal vez de los tiempos en que fué militar, levantó los ojos por último y los clavó en la muchacha.

—No... no quiero acercarme á tí, dijo con voz trémula. Ya lo sabes. ¿Por qué vienes? ¿Por qué me provocas? ¡Oh! Yo estaba siempre contento antes de verte. Yo me consideraba siempre feliz dentro del claustro que me sirve de asilo. Yo no tenía quien agitase mi sueño durante las noches hasta que tú... ¿Por qué vienes? ¿Por qué te manda tu madre á la huerta? ¿Por qué te apareces á lo mejor cuando yo quiero borrar de mi cabeza hasta el recuerdo de tu imagen?

Fray Benito se hubiera querido comer con los ojos aquella muchacha que se reía como una loquilla sin comprender aquel idioma que tronaba como una tempestad. Ella no hizo caso de tales síntomas y se apresuró á contestar:

—Venía á comprar, como de costumbre, una lechuga, porque ya sabe V. que me gustan mucho. Mañana se habrán acabado y entonces me quedaría con este deseo.

—Pero hay otras huertas...

—Es que las de aquí son más sabrosas.

El ex-sargento no contestó; no era posible contestar á una razon semejante. Era preciso, ó negarse á dar la legumbre, ó darla sin pérdida de tiempo, porque ¿quién es capaz de saber lo que se pierde en un minuto de espera, en un segundo de vacilación?

Además, la noche se acercaba, ya se reflejaban en el mar las pálidas estrellas; ya los guarda-costas habían tirado su cañonazo vespertino; ya las lanchas pescadoras se habían metido en el puerto; ¿qué debía hacer fray Benito?

Su deber era el haber huido del inminente peligro que le amenazaba, porque para él con sus antiguos fueros y premáticas, con el bullicioso despertar de sus pasiones, había más que peligro; pero no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para resistir, y quedó en frente de la jóven sin acordarse para nada de su actual situación.

—Escucha, le dijo en voz baja; quería guardar en el fondo de mi alma el secreto de lo que padezco; pero te has venido aquí como viene una llama que produce un incendio, y fuerza es que me escuches: si yo te dijera que te amo, ¿qué me contestarías?

La jóven soltó una carcajada.

—No es caso de risa, prosiguió el ex-militar; no es caso de burla. Tú vienes todas las tardes á mi huerta, quieres jugar con un corazón que estaba dormido y que has tenido la imprudencia de despertar, y por lo tanto, tengo derecho para romper el secreto que quería sepultar conmigo hasta la muerte. Pero ya que esto no es posible, bueno es que lo sepa todo.

Miró á seguida á todos lados, y como el hombre que teme ser observado cuando va á ejecutar un crimen, prosiguió bajando mucho más la voz:

—Tengo para tí un traje de seda, un traje con el cual estarás más hermosa. Para el día de la Virgen del Mar ese traje puede ceñir tu airoso cuerpo, y saldrás al puerto como la muchacha más bonita de estos contornos. Te hago este ofrecimiento en pago de mi locura, porque si tú supieras... la verdad es que me has vuelto loco, María; así es que cuando te veo, cuando te siento, cuando te adivino, me olvido de esta casa y de la misión que en ella misma desempeño. ¿Aceptas mi traje de seda?

Y sin esperar contestación, arrancó la lechuga y la puso en las manos de María.

Porque, fuerza es decirlo para el conocimiento de nuestros lectores. Aquella muchacha tan linda, tan fresca, tan perfumada, se llamaba María.

III.

EL AUTOR Á SUS LECTORES.

¿Quién de ustedes, señores, conoce á Collin de Plancy? ¿Quién ha oído su nombre? ¿Quién sabe su origen?

Creo que la mayor parte de ustedes se encojerá de hombros y no sabrá responderme. En primer lugar, el nombre huele á extranjero á tiro de ballesta, y en segundo, este nombre parece ha de haber cruzado pocas veces el Pirineo.

Por lo tanto, bueno es que yo les diga á ustedes que Collin de Plancy es relativamente á Europa lo que Edgard Poë á América; es decir, un autor fantástico que no se comunica sino con brujos, duendes, muertos, aparecidos, almas en pena y demonios.

Collin de Plancy ha estudiado los secretos de todas las magias, desde la blanca hasta la negra; desde la azul hasta la amarilla; ha averiguado los misterios de la nigromancia; ha asistido á los horrores del *sábado*, ha escuchado la conversacion de los ahorcados, y por último—no se estremecan ustedes—ha recogido todos los ensalmos, conjuros é invocaciones, para tener á su órden á todos los diablos y á todos los espíritus.

Tal es el Sr. Collin de Plancy.

Por lo demás, es un francés regularmente establecido, autor de diversas obras demonógrafas, que suele asistir á los boulevares del Palacio Real, y que tiene butaca en los Italianos y la Port de San Martin.

Los largos años que ha empleado el Sr. de Collin en sus estudios subterráneos, los ha condensado en un célebre libro, cuyo libro ha corrido todas las capitales de Europa excepto Madrid. Se titula nada menos que el *Diccionario infernal*.

El *Diccionario infernal* es, pues, lo más espantoso que puede idearse; el escritor se ha valido de las mismas tintas de Patenier para pintar todo lo más horrible, deforme y estrafalario que es posible imaginar, y de aquí el que yo recuerde una anécdota en este momento, porque viene á cuento de nuestra historia.

Escuchadla y juzgad.

Había una monja en yo no sé qué parte, en qué convento. Era una monja cándida, sencilla, y tal vez bonita. Era un dechado de virtud y un ejemplar de vida ascética. Tan admirada estaban de ella sus compañeras, tan elevada era su existencia, tan severa era consigo mismo, que el diablo le llegó á tener envidia.

Por cierto que la envidia del diablo es un poco temible; pero por más trazas que inventó, por más que hizo, no pudo conseguir el vencer á la monja.

Una tarde, después de haber puesto en juego multitud de ardides, que todos le salieron mal, se fué á la huerta del convento con un humor de todos los demonios, y se sentó en la hoja de una lechuga.

Allí se dió en cavilar de qué modo se apoderaría de la monja, cuando dió la casualidad de que entrase ésta en aquel solitario paraje.

La monja dió diversos paseos en todas direcciones, y como nadie está libre de una tentación, la desdichada la tuvo en aquel momento, y fué la de comerse una lechuga.

El diablo leyó lo que pasaba en el interior de la monja, y se mantuvo quieto como una zorra en la hoja donde estaba sentado.

La monja vino, y como no era vista de nadie, puso la mano en la primera lechuga con que tropezó, y la arrancó en seguida.

¡Infeliz! En aquella lechuga era donde estaba el diablo; así fué, que sin ella saberlo y precaverlo, tomó la hoja en que se hallaba éste sentado, y se la comió.

(Se continuará.)

NUESTROS GRABADOS.

RECEPCION EN EL VATICANO.

La salud del Padre comun de los fieles viene resintiéndose hace tiempo, y todos han previsto ya el inminente peligro de que se halla amenazado. Su pérdida será irreparable para la Iglesia católica y su vacío en extremo difícil de llenar. El grabado que publicamos patentiza la triste realidad de los pronósticos antedichos; nuestro corresponsal en Roma tuvo ocasion de tomar interesantes apuntes, como igualmente varios detalles acerca de su verdadero estado con motivo de las últimas audiencias que dió el mes próximo pasado en las famosas logias de Rafael á varios centenares de peregrinos franceses, entre los cuales se hallaba el arzobispo de Carcassonne.

CONVOY RUSO.

Seguir los movimientos átrevidos de los ejércitos beligerantes y mantener á nuestros suscritores á la altura de los acontecimientos de Oriente, es y ha sido para esta empresa uno de los puntos más culminantes desde su publicación; á este fin damos un magnífico grabado, copia exacta del natural, que nos ha sido remitido por nuestro compañero artístico, corresponsal hoy en el teatro de la guerra, que, como uno de tantos, tuvo necesidad de despojarse de varias prendas para salvar la distancia comprendida en uno de los lagos que se producen en esos países por efecto de las lluvias torrenciales ó la liquidación de la nieve que corona las más encrespadas sierras. El paso del lago tuvo lugar á principios de este mes, á la hora del crepúsculo vespertino; esta operacion dió lugar á rudas faenas, pues particularmente los vehículos de gran peso y las piezas de artillería que escoltaban el convoy embazaban sus ruedas en la movida superficie teniendo necesidad muchas veces de enganchar hasta veinte percherones para mover un solo carro. La jornada de este día fué quizás uno de los mayores sacrificios que puede imponer la patria á sus soldados: una temperatura baja en extremo, varios días de marcha, y una alimentación poco nutritiva, forman los detalles de la interesante lámina que tenemos á la vista.

LA INVASION.

Con notable exactitud presentamos á nuestros lectores copia de uno de los lienzos que más reputacion han conquistado en la última Exposicion de Paris, estudio del Sr. Luminais, cuyo interesante asunto representa la sorpresa causada en el ánimo de varios guerreros ante la presencia de una negra de raza.

La composicion grandiosa y la riqueza de detalles que encierra el referido cuadro nos mueve á no omitir su reproduccion, porque se halla clasificado como obra maestra entre los inteligentes del arte pictórico.